

alguna buena idea he descubierto en él; mas de positivo nada sé.

—Voy ahora, concluyó diciendo la Needle, á pasar en revista todas sus cartas. Demasiado temo que sir Roberto me lo haya hechizado. Encontraré quizá en aquellos escritos la estocada mortal. . . . De todas maneras, tu harías mejor no escribiendo á Smith: no hubiera caído la carta de rechazo en poder de John.

—Señora, respondió lo joven á mistress Needle que se retiraba; no temais á la verdad nunca: es benéfica siempre y saludable.

XLIX

UN PROCESO SECRETO EN FAMILIA.

Aun no habíase alejado diez pasos de Julia, cuando mistress Needle se arrepentía de haber enterado á la joven del proceso que intentaba formar secretamente á la conciencia de John.—¿Siempre así, decía: grito, grito, grito, y luego voy á echarme en brazo de Julia, que hace de mí lo que quiere. . . . ! ¿Qué necesidad tenía de leer con ella la carta? Solo ha servido para persuadime de que puede haber impresionado de terrible modo el corazón de mi hijo. . . . ¿Cómo no, si medio ha

perturbado la cabeza del pájaro viejo, sir Roberto? Julia, por otra parte, pretende que no debo temer la verdad. Sí, si sus chácharas fuesen verdaderas; pero ella juzga tener la verdad de su parte, cuando no consigo pronto desenredarme de sus redes. Se alcanza bien; ha estudiado de continuo estas materias, sabe de memoria los libros de controversia, y yo rada más que un poco de mi biblia. De todas maneras, en Parque Verde no seré la única en combatir y ganaré el desquite si he perdido la partida: hallará John allí quien le vuelva el juicio.—

Con tales pensamientos entraba de nuevo en su casa, decidida, por supuesto, á no dejar un papelito en la cajita de John, sin fiscalizarlo minuciosamente. Se cerró en su cuarto con el terrible cofrecito, dejando á la puerta orden de que nadie anunciara. La cosa primera que halló fué un hilo de papeles separados, llenos de borrones. No se podía dudar: eran borradores recientes. Leyó al frente del primero: "Misión." Seguía el juicio formado: "Me parece una exuberancia morbosa de fenómenos religiosos: demasiado ardor de predicar por una parte, y demasiado furor de oír por otra; demasiada manía de

confesiones y de santa sena; demasiadas demostraciones de culto público. Pero se ha de considerar (me dijo miss Julia, papista hasta la médula de los huesos) que aun en tiempo de los apóstoles lo hacían así. La misión predicada por San Pablo en Mileto hermánase perfectamente con la del fraile del Casentino. También San Pablo predicaba todos los días, como el misionero de aquí; el pueblo llevábale los libros malos que había de quemar, como se ha hecho en la plaza de la parroquia; corrían los fieles á confesar sus pecados al Apóstol, como corren aquí á confesarlos al sacerdote. ¿Es bien claro que los de Mileto se confesaron del mismo modo que los papistas de hoy? Lo ignoro; mas es positivo que el texto de los Hechos de los Apóstoles no dice lo contrario: es cierto que antes de la Reforma, en todo el mundo oriental y occidental se practicaba la confesión auricular; es indudable que nuestro "Prayer-book" enseña abiertamente que "Dios ha dado poder y mandamiento á sus ministros para declarar y pronunciar á su pueblo penitente la remisión y absolución de sus pecados." Esto es conforme con lo que la Biblia nos dice: "Los pecados que perdoneis quedarán perdonados, y los que

retengais quedarán retenidos.” Ahora pregunto: ¿cómo puede un ministro prudentemente perdonar ó prudentemente retener el pecado, ignorando de que se trata? El texto bíblico es favorable, pues, á la práctica papista de la confesión. En Cambridge supe que en muchas parroquias nuestros ministros anglicanos habian restablecido en su virtud el uso de la confesión, libre para quien la desease, y que muchos fieles del Alta Iglesia confiesan ni mas ni menos que los *romanistas*. Es un estudio que deberé hacer de nuevo cuando logre algunos de los libros publicados por los puseístas. Entre tanto dejo así la cosa, con libertad á los romanos para que se confiesen con sus sacerdotes, y á los puseístas para que se confiese con los nuestros.”

—¡Menos mal! exclamó mistress Needle: aguardaba cosa peor.

En el fondo de la página se leía: “He asistido nueve días á la misión católica. Quitando algún exceso en la devoción á la Virgen, la cosa me parece linda y buena. El fraile truena con las máximas eternas é instruye con los catequismos prácticos. Es una cosa bien distinta de los discursos almibarados de nuestros ministros, que lo

dejan todo según lo encuentran. . . . Quiero hablar con aquel fraile.”

Un ¡ay! huyó de la boca y del corazón de la propia madre.—Comienza mal, dijo ella; mas no nos pongamos la venda antes del descalabro.—No tardó, empero, á ver con sus ojos la ejecución del propósito, amenazador, porque así comenzaba el papel siguiente: “Hoy día tantos, á tal hora, he tenido una conferencia con el misionero papista. Me recibió cortésmente. Supe después que aquel rudo fraile había nacido caballero. He querido saber qué piensan los católicos sobre la salvación de los protestantes, y especialmente los católicos fanáticos. Tomé ocasión del Purgatorio, respecto del que había predicado. Preguntéle:—Suponiendo por un instante la existencia del Purgatorio, ¿crees que el alma de mi padre puede hallarse aun en aquel lugar?”

“Nunca he dudado en la salvación eterna de mi padre; pero esto lo dije para entablar de algún modo la plática. El fraile sabía que yo era protestante, y me contestó:—Para responderos razonablemente, debería primero saber algo de vuestro padre. ¿Hallábase bautizado?”

—“No lo dudo: bautizado según la li-

turgia anglicana, en la cual se prescribe que pronuncie el ministro las palabras del sacramento, y al mismo tiempo que metan al niño en el agua, ó que la derramen sobre su cabeza.

—“¿Observásteis alguna vez, me preguntó el fraile, que vuestro padre mostrara dudas sobre su creencia?”

—“Nunca, le respondí.

—“¿Os parece (perdonad, señor, que os haga tal pregunta, pero es preciso), os parece que vuestro padre obró como un hombre honrado y pío?”

—“No tenía capacidad para juzgarle: le perdí antes de que cumpliera diez años; mas según lo que puedo saber, fué óptimo. Además, mi madre me lo propone siempre por modelo; y me consta que lo quería entrañablemente.”

Al leer estas frases, se le cayeron á la Needle dos vivas lágrimas de sus ojos, y con un gemido profundo exclamó:—Lo amaba, sí, lo amaba, porque lo merecía: ¡nunca tu padre se metió con los misioneros papistas!—

“Me preguntó entonces el fraile de qué modo había muerto mi padre. Respondíle que había muerto en su cama, circundado por su familia, sin asistencia de sacerdote;

que en los últimos días, conociendo que su enfermedad era mortal, se hacía leer por mi madre y por mí los salmos penitenciales; pero poco antes de su agonía habíame bendecido, como también á mis hermanas de pocos años, y abrazado á mi madre, diciéndole al oído algunas palabras, por las cuales lloró ella.” (Al llegar á este punto las perlas regaban las mejillas de la curiosa lectora, como dos arroyos.) “Después quiso que todos se retirasen, y quedó sólo, con mi madre á un lado y conmigo al otro. Comenzó entonces á pedir perdón de sus culpas á Dios; hízose recitar sobre el “Prayer-book” la oración “Almighty and most merciful Father,” con otras expresiones de contrición y esperanza en los méritos de Jesucristo, entrando así en agonía. Concluida la relación, el fraile se detuvo un rato, pensativo, y luego respondióme:—Acaso el alma de vuestro padre todavía está en el Purgatorio, y acaso ya en el paraíso. Nada sé, como vos mismo podeis comprender; mas un protestante (así lo creemos nosotros) que viva con plena buena fe, y espere sin grave culpa en el alma, ó compungido con perfecta contrición, se salva indudablemente. He aquí cómo razonan los teólogos romanos: este

hombre no es protestante, sino materialmente, y por ignorancia inculpable, siendo su voluntad deliberada, vivir y espirar en la Iglesia de Jesucristo; sin saberlo, pertenece con el corazón á la Iglesia católica. Dicho esto, el fraile se dirigió á mí recomendándome que sondeára mi conciencia y viera si tenía buena fe y muchas cosas mas. Yo no tengo precisión de sondearla; amo la verdad y odio la mentira. El día y hora en que conozco que profeso un error, es siempre para mí el último día y la última hora del error."

Así concluía el manuscrito. Mistress Needle, enjugando las lágrimas de sus ojos, no pudo menos de confesar que su hijo procedía en sus especulaciones con admirable rectitud de conciencia, y que al ocuparse en la salvación eterna de su padre, mostraba tener un corazón mejor del que ordinariamente aparecía. Reconoció además que la respuesta del misionero no era tan mala como se podía aguardar de un papista y de un fraile. Aun aquella pregunta que dirigió á John sobre su buena fe la compelió á interrogarse sobre la suya. Tuvo un instante de turbación, que adormeció echando mano de los otros papeles. Había un cuaderno en blanco enteramen-

te, á excepción del título, que decía: "Purgatorio;" y debajo: "Vease el Belarmino en la Biblioteca nacional de Florencia ó en el "British Museum de Londres, pero examinarlo todo: es el mas ámplio y leal tratadista de polémica." La Needle infirió, con gran amargura, que su hijo vacilaba también respecto del Purgatorio, y que había preparado un cuaderno para escribir sus observaciones en pro y en contra, consultando ante todo á un autor papista, de los mas difamados entre los protestantes.

En el momento en que sobre lo dicho se atormentaba, vió brillar á sus ojos un paquete con dos ó tres cuadernos cosidos juntamente, sobre los cuales habia escrito con grandes caracteres: "Impresiones religiosas en Italia." Desaparecieron todas las demás ideas de su mente, y abrió el libro con temblorosa mano, como si rasgára el velo que cubría la conciencia de su hijo. Su corazón palpitaba con terribles golpes. No lo había aun abierto, cuando asaltábale ya un remordimiento:—¿Puedo yo violar el santuario de su conciencia. .? Si.....no.....soy su madre.....lo hago solo para su bien.....guardaré sus secre-

tos..... ni aun él lo sabrá.....
Va en el asunto su eterna salvación, si se pierde.....—Al fin la venció su ansiedad furiosa de conocer la perseverancia ó apostasía de su hijo: leyó.

Allí John refería en primer lugar extensamente lo sucedido en Turín; el milagro del Santísimo Sacramento que contó Julia, la visita al templo monumental, la apuesta que quiso pagar religiosamente, y la negativa de la joven. Aumentó esto la buena opinión que la señora tenía de la napolitana, pareciéndole bien igualmente aquel acto leal de su hijo. Pronto, sin embargo, dió una estocada á su corazón cierta notita del joven que decía: “En suma: la presencia real de Cristo en el Sacramento no repugna. No condeno á los anglicanos que la creen, y me inclino mucho á creer en ella, á lo menos hoy. Mañana se verá.”

—¡Apostasía primera! exclamó dolorosamente la mujer. Esto va contra el “Prayer-book. Espero abjuraría de ella al día siguiente..... Es cierto, con todo que aquel milagro hizo también vacilar por un instante mi fe, habiendo pasado una noche medio entre anglicana y puseis-

ta; mas supe quitarme de encima las dudas pasajeras.—

Seguían en otras páginas apuntes sobre la peregrinación á los valles valdenses. Mistress Needle los leyó ávidamente. La señora toscana que los había acompañado era calificada por John de bruja, de astuta como una gitana, y de expresa *archidiabla*. —Quizás tiene razón mi hijo, pensó la Needle, que reflexionaba entonces desapasionadamente sobre el arte malignísimo con que por ser protestante evangélica le había desacreditado la iglesia valdense.—¡John, se dijo, penetra más de lo que parece! Me felicito.—Del discurso pronunciado en Turín por el ministro valdense, dejó su hijo este recuerdo: “¡Todo jugo de adormideras! Un sermón adaptable á todas las Iglesias presentes y futuras, existentes y posibles, incluso la turca y la *budista*.” Aun entonces la Needle, suspirando, dió la razón á su primogénito.

Una observación traspasó su alma. John contaba fielmente la visita que hicieron en Génova al templo valdense y al oratorio puseista, observando precisamente las censuras artísticas que oyó á Julia. Por fin concluía: “Mi madre no toleraba siquiera

el nombre de *puseismo*: yo, por el contrario, lo sufro, y en cierto modo lo apruebo. ¿Cómo desconocer en los puseistas el derecho de interpretar latamente el "Prayer-book," cuando todas las Iglesias protestantes, y aun la nuestra, conceden á cada fiel el derecho de interpretar con libre examen la Biblia? ¿Qué poder tienen la reina Isabel con el rebaño de sus Obispos para fabricar una religión á su modo? ¿No son ellos los que declararon falibles á los Concilios y á la Iglesia toda? Acepto mi "Prayer-book" á beneficio de inventario; creo que si lo aceptara ciegamente, sin juzgarlo primero, dejaría de ser protestante. Un protestante que no juzga su fe, no es digno de su nombre; es ilógico, estúpido y renegado. La opinión de su Iglesia puede aceptarla el católico á ojos cerrados, reconociendo como reconoce infalible el magisterio del Papa. En cuanto á mí, estoy y estaré siempre persuadido de que tengo vista y sindéresis tanto como mi madre, el lord Arzobispo de York y la graciosa reina Victoria."

—¡Apostasía segunda! dijo gimiendo mistress Needle: ¡reniega de la liturgia y del código religioso de su Iglesia! ¡A lo menos se atribuye autoridad para juzgar-

lo!—Y continuó mas desalentada hojeando el libro que contenía los ocultos pensamientos de su hijo. Detrás de la rebelión contra el *Prayer-book* venía una serie de breves apuntes, en los cuales se reflejaban como un lucido espejo las disputas diarias debatidas por ella con Julia Mistress Needle descubría maravillada que su hijo había dado cuenta exactísima de los ligeros litigios, que juzgó llamaradas subitáneas, nacidas y muertas casi á un tiempo mismo. Con todo, John había resumido las conversaciones en pocas y claras frases, tocando el vivo de las cuestiones francamente resueltas en el sentido de Julia. Algunas fueron para ella completamente novísimas, de donde infirió que John había ventilado sus dudas con la joven demasiado más frecuentemente de lo que sabía. Esto le demostraba del todo que su hijo aceptaba muchas prácticas papistas como necesarias. ó á lo menos como laudables.

Uno de los apuntes compendia las ideas de John sobre la devoción de María. Titulábase: "Mis ideas sobre el culto de la bendita Virgen." Estaba dividido en párrafos, cada uno de los cuales señalábase con su propia fecha. Refería extensamente el ímpetu de indignación experimentada

en la basílica de la Santísima "Annunziata" á vista de los adoradores de la Virgen, y la casi certeza de su idolatría. Poco á poco el principio tan luminoso se obscurecía, y John notaba las respuestas incontrastables de Julia para desvanecer la acusación, las alegaciones del Evangelio y las razones fulminantes por las que se llamaba convencido y de parecer diferente. Las últimas frases, de data más reciente, contenían un propósito práctico. "Es permitido invocar á la Virgen bendita, y hasta es útil evidentemente. Sin flagrante impiedad, no puede negarse á ella en la gloria el derecho que de continuo ejercitó sobre la tierra, de interceder cerca de su celeste Hijo y de la Divinidad. Rezaré el Ave María, por ser la oración más conforme con la Biblia, y la recitaré todas las tardes en el "Evening prayer," inmediatamente después del Padre nuestro. Por última nota añadía: "He dado satisfacción á miss Julia, confesándola que no he descubierto en ningún libro de devoción católica una frase idolátrica sobre la Virgen. Mecostó un poco esta confesión; mashabíala ofendido dolorosamente con la calumnia, y era mi deber desdecirme. El propio día dije á mis hermanas que pueden rezar el Ave

María y cualquiera otra oración á la bendita Virgen que hallen en los libros de su maestra, no sólo sin detrimento de su conciencia, sino con ventaja espiritual. (¡Desventurado! exclamó la mujer. Eres tú el que has imbuido tales ideas en su mente. Julia, extraña y papista, nunca osó hacer otro tanto.) Añadí que se guardasen de decir una palabra, á fin de no irritar la persuasión ajena, intolerante y farisáica."

Entonces escapó del corazón de la pobre madre un agudo gemido, y las lágrimas brotaron de sus ojos, cual si hubiera recibido una herida subitánea:—¡Es demasiado! ¡Es demasiado! iba ella repitiendo ¡Me llama intolerante y farisáica! Mejor es que no lea más.—Y dejó caer su rostro entre las palmas, herido por el dolor desmesurado. Conservaba la facultad de la razón; á la primera perturbación de la injuria, calmada poco á poco, siguió la reflexión y el examen:—¿No he dado yo misma ocasión, por ventura . . . ? ¿Repeliendo razones y pruebas . . . ? ¿Condenándolo todo y siempre . . . ?—Y luego, como si un rayo de luz la iluminase de repente:—¡Mísera! Yo misma le dí razón . . . ¡Ayer y hoy! ¡He permitido á mis hijas lo

que las toleraba él dos meses atrás! ¡Estoy condenada! Si hoy tenía razón para permitir á mis hijas que rogasen á la Virgen, no la tuve antes para impedirselo. ¡Yo propia he rogado á Ella, convencida de que obraba perfectamente.! De todas maneras, no debía escribir mi hijo en sus memorias esta frase cruel, ni decirla tampoco á sus hermanas.—

La herida de la frase quedó pronto envenenada por mucha más grave consideración, porque, reanudando la lectura, advirtió un nuevo é inesperado acto de rebelión contra la Alta Iglesia. En aquellas páginas se rechazaba terminantemente la justificación por la sola fe, aceptándose como verdad incontrastable la precisión de las buenas obras: una y otra doctrina se confirmaba con sólidas razones y abundante riqueza de textos bíblicos, que dan á conocer el estudio detenido hecho por John de la materia. No se podía renegar más explícitamente del dogma anglicano. Como si esto no bastase, John se desprendía por sí mismo de la objeción sacada de los artículos de su Iglesia, respondiendo con dos palabras: "Mi Iglesia es falible, y vale su aserción solo en cuanto la prueba con las divinas Escrituras. Ahora bien. Aquí

las divinas Escrituras estan evidentemente contra ella. Acepto sobre este punto todo el dogma romano, como lo acepta el óptimo y amadísimo protestante sir Roberto Smith." Allí, aprovechando la ocasion, tejía el elogio desu venerando amigo: Hombre incomparable (le llama), de probidad perfecta, de vastos estudios y de lealtad absoluta, que menospreciaba con espíritu seguro cualquiera falsedad, aunque estuviera en boga entre los protestantes, inclinándose reverente á cualquiera verdad, aunque la descubriera en el campo de los papistas." A esta rebelión particular seguía una especie de sublevación universal contra su propia Iglesia y contra el protestantismo todo. John aceptaba las iglesias protestantes, pero como instituciones humanas más ó menos dignas de respeto, más ó menos erróneas: negábales abiertamente derecho para dogmatizar, porque ninguna de ellas atrevíase á declararse infalible, y ninguna hubiera podido tener tal audacia, por cuanto evidentísima era en ellas la falta de los caracteres de la verdadera Iglesia de Cristo, una, católica, apostólica. Era este un compendio de los escritos de sir Roberto, referidos allí, aprobados y reducidos á breves y sustanciosas senten-